

Querido Garry:

Aquí tienes tu libro. Tú fuiste quien insistió en que lo escribiera.

Entiendo tu insistencia. Nadie creerá jamás los extraordinarios sucesos de ese verano, y hasta nosotros dudaremos de nuestros recuerdos si los hechos no se ponen por escrito sin dilación.

Sé que entiendes mis reticencias. Los sucesos que tu consideras de «relevancia científica y probatoria» estuvieron inextricablemente ligados a asuntos de tipo personal. Todos mis esfuerzos por separarlos de este íntimo relato han fracasado. He podido hacer lo que querías solo obligándome a olvidar que alguna vez alguien leería lo que estaba escribiendo.

No he tenido compasión ni contigo ni conmigo: ni con tu escepticismo legalista ni con mis actos irreflexivos y mi torpe rechazo a afrontar la verdad.

Vete a saber si, cuando hayas terminado de leer esta minuciosa narración, sentirás de manera tan intensa como yo que:

*Nuestras indiscreciones nos son a veces útiles
cuando nuestros proyectos más sesudos palidecen.*¹

¡Qué extraño cruce de destinos desató el impulsivo arrebatado de aquella mañana de abril cuando Pamela y yo vimos por primera vez Cliff End!

Tuyo,
RODERICK

¹ Hamlet V, ii. (*N. del T. como todas las demás*).

CAPÍTULO I

CLIFF END



El coche parecía participar de la ligereza de la mañana mientras ronroneaba por las carreteras de los páramos y subía las sinuosas colinas en la marcha más larga.

Me alegré de que hubiésemos quitado la capota. Había una embriagadora exuberancia en el aire. El cielo era una neblina alta y brillante; los árboles y los setos estaban salpicados de colores jóvenes; los pájaros estaban atareados y los corderos balaban y corrían desgarrados por las colinas. Pamela se quitó el sombrero, de lo contrario el viento se lo habría llevado volando. Que estuviésemos en la carretera antes de las nueve de la mañana en dirección al mar había sido idea suya.

Era descabellado, pues estábamos ya a doscientas millas de Londres y yo tenía que estar de vuelta en mi escritorio a las doce del día siguiente. Ni siquiera en un periódico tan bien gestionado como *Tomorrow* y con un jefe de trato tan fácil como Marriott, se puede alargar el fin de semana más allá del viernes a las cuatro hasta el martes a mediodía. Pero no pensaba volver a la ciudad sin saludar el Atlántico desde aquellos famosos acantilados del norte de Devon, y Pamela había insistido en ver esta casa.

Estaba un poco exaltada por el goce de la mañana primaveral y muy habladora.

—Va a hacer calor. Roddy, mira ese espino; ¡es deslumbrante! Esta mañana me siento afortunada, ¿tú no? ¿No te parece que Maratón es un nombre increíble?

—¡Y esa es tu razón para querer verla! —repliqué—. ¡A estas alturas ya tendrías que haber aprendido lo poco fiables que son las recomendaciones de los taberneros! Si valiese la pena estaría en las listas de las inmobiliarias.

—¡Las listas de las inmobiliarias! —Su tono las descartó. Era cierto que no habían sido demasiado útiles—. Ese debe de ser el pueblo. Gira a la derecha.

Dejé el asfalto y seguí por un empinado camino; el Hillman subió la pendiente con facilidad, y vimos la casa y el mar al mismo tiempo. Me detuve porque en el poste de la puerta vi escrito MARATÓN, pero no me aparté del volante: la casa era un triste barracón que, orientado al noreste, daba la espalda a aquella espléndida vista.

El primer «¡Ah!» de Pamela fue un grito de entusiasmo; el segundo un gemido de decepción. Se quedó mirando furiosa:

—¡Y Maratón da al mar!² —citó con rabia—. ¡Justo lo que no hace! Quien construyera una casa así en un sitio como este merecería que lo condenaran a vivir en ella toda la eternidad.

Seguí hasta donde se estrechaba la carretera y un camino llevaba a través de los prados hasta el borde del acantilado. El océano se extendía ante nosotros, ¿o era todavía el canal de Bristol? Da igual. Avancé a grandes zancadas por la hierba; Pamela se adelantó corriendo y se detuvo en seco: es incapaz, por temperamento, de alejarse de los bordes; la seguí y la cogí del codo, con los talones clavados al suelo, tenso contra el empuje del viento.

La bahía parecía burlarse de nosotros y deleitarse de nuestra sorpresa. El agua cabrilleaba y bailaba bajo la luz ventosa; a derecha e izquierda la costa se extendía como un arco interrumpido, con las rocas talladas en forma de cuevas, puentes e islotes, los acantilados estaban coronados de aulagas amarillas; había cabos verdes bastante cerca, cabos plateados y brumosos más allá,

² Del poema de Lord Byron, *The Isles of Greece* (1821).

y Lundy se divisaba a lo lejos, como una gigantesca barcaza. A lo largo de las horas del día la escena cambiaría, adoptaría nuevas formas y colores. Sentí que había ansiado tener esa vista desde la infancia y que seguiría ansiándola toda la vida.

—¡Ojalá no hubiese ninguna casa en este sitio!

Dimos la vuelta y volvimos andando al coche, seguimos la carretera principal, estudiamos el mapa y escogimos la ruta más corta a Londres, muerto ya el ánimo dorado de la mañana. Nos sumimos en el silencio y nuestros pensamientos siguieron el mismo derrotero hasta la misma desazonadora conclusión: nuestras esperanzas habían sido absurdas; éramos unos tontos.

Por fin, dije:

—Solo tenemos que hacernos a la idea de que lo que queremos no existe.

Pamela no respondió durante un rato, y luego dijo en voz baja:

—Podríamos reformar la granja de Ghyll Bridge.

—¡Te pasarías el día llenando lámparas y bañeras, y yo tendría que cortar leña y acarrear agua en vez de seguir con el libro! ¿Qué sentido tendría eso? No —insistí implacable—, con el dinero que tenemos podríamos conseguir un viejo molino mohoso en Sleepy Hollow o una Linga-Longa o Cotta-Bunga luminosa y un poco alejada, pero Inglaterra ya no ofrece una casa sencilla, decente, con espacio, luz, aire, servicios e intimidad a las personas como tú y yo.

—Podríamos alquilar Littlewood tres años.

—¡Y pasar todo nuestro tiempo libre pintando, haciendo de carpinteros, plantando y cavando para otra persona! Ya te lo he dicho: no quiero alquilar.

Pamela guardó silencio y me dejé embargar por el desánimo. Se mordió el labio inferior, un claro indicio desde la infancia de que iba a echarse a llorar. Con gran alivio por mi parte, se rio.

—Tendremos que poner un anuncio pidiendo una casa encantada —dijo.

Era una pena. Me había alegrado mucho ver a Pamela ilusionada con algo y ahora este proyecto, que prometía ser una vía de escape, una solución y una nueva aventura para los dos, parecía condenado al fracaso.

Seis años cuidando de nuestro padre habían cambiado mucho a Pamela. Cuando murió, la convencí de que se viniera a vivir conmigo a Bloomsbury, pensando que podría encontrar nuevos intereses y recobrar los ánimos en mi bullicioso piso de soltero. El plan parecía muy sensato, pero no había funcionado. En realidad, la mayoría de las personas que frecuentábamos no eran muy afines ni a ella ni a mí. Luego estaba mi relación con Lorette. Era evidente, al parecer para todos menos para mí, que al final Lorette preferiría el protagonismo con Johnny Mayhew a cualquier cosa que pudiera ofrecerle yo. A Pamela le preocupaba que se casara conmigo y también que no se casara, y se volvió muy hipersensible y retraída justo cuando su apariencia de colegiala, su imaginación desbordante y su capacidad para burlarse del sentimentalismo podrían haberme ayudado. Empezó un curso de bibliotecaria, pero comprendió que eso solo la llevaría de una vida enclaustrada a otra y lo dejó. Por fin me dijo que quería vivir en el campo y que estaba pensando en comprar una casita para compartirla con Gillian Long y cultivar frambuesas.

Enseguida comprendí varias cosas: que Londres nos había fallado; que cuanto antes saliese de la órbita de Lorette tanto mejor; que iba a echar de menos a Pamela; que mi libro sobre la censura británica, pensado para causar la muerte de ese animal por exposición pública, no estaba avanzando y que podía ganar lo mismo como independiente que en la plantilla del *Tomorrow*.

—¿Y por qué no la compartes conmigo? —le dije.

Su alegría fue halagadora; a los dos nos embargó el entusiasmo; el proyecto creció. Lo que nos hacía falta era una vida con

aire, espacio y crecimiento, y romper por completo con la ciudad. Lo sabíamos y la búsqueda empezó. Ese fin de semana era nuestra quinta derrota.

El mar no se veía ya; la carretera descendía entre pinos y subía por los páramos; el firme mejoró. En un cruce, un cartel que decía BIDDLECOMBE indicaba el camino a uno de esos pueblos que se precipitan de cabeza hacia el mar desde los barrancos de las colinas de Devon. Este empezaba con una atractiva hostería; me habría gustado probar su sidra, pero recordé que el día acababa de empezar.

Pamela empezó a parlotear:

—¡Qué deprimente es volver la espalda al oeste! ¿Por qué todas las razas antiguas se empujaban unas a otras hacia occidente? Las islas de las hadas están en los prados occidentales. Y las gentes del oeste tienen más magia, ¿no crees? Y la música... ¡Ah, Roddy, qué camino tan seductor! ¡Sube por él! ¡Debe de haber una vista maravillosa desde arriba!

—Será la misma vista que antes —refunfuñé—. Pero ¡si así te quitas la espinita del oeste!

Para contentarla, di marcha atrás y seguí por un camino de contrabandistas rodeado de aulagas. Giraba en espiral entre las rocas y los alerces, se bifurcaba y dejaba a la derecha un camino cubierto de roderas que conducía a una granja, se convertía en un camino irregular entre rododendros en flor y desembocaba en una pequeña meseta ventosa en lo alto de los acantilados. La vista era idéntica, pero tenía algo más pues aquí terminaba un pequeño cabo y el mar se extendía hacia el sur y hacia el oeste.

Pamela fue la primera en salir del coche; rodeó un grupo de árboles que había a la izquierda, pero, en vez de seguir adelante, se quedó con la mirada fija, de espaldas a la vista. Fui con ella y vi una casa vacía.

Hecha de piedra, de fachada sencilla, dos pisos de altura y unas proporciones tan bellas que cualquiera se habría parado a mirarla estuviese donde estuviese, se alzaba justo enfrente de la bahía. Un montículo boscoso la protegía por el este y al norte la resguardaba del viento una cortina de árboles.

—¡Roddy! ¡Es una casa! —dijo Pamela.

—Eso parece.

Di una vuelta alrededor del edificio. Era una estructura sólida, georgiana, me pareció, con grandes ventanales a ambos lados de la puerta y tres ventanas arriba. Había un pórtico plano con columnas y una ventana semicircular sobre la entrada, y los ventanales del piso de abajo estaban enmarcados en unos arcos poco profundos que repetían la curva de la ventana semicircular. La casa daba al sur. La forma era extraña, pues los laterales eran más largos que el frente, el piso de abajo sobresalía por detrás con un tejado plano. Era evidente que el hombre que había construido la casa había querido añadir habitaciones arriba. Había un patio con dependencias y un acceso al camino. El lugar llevaba años abandonado; los postigos que protegían las ventanas del piso de abajo habían perdido la pintura y uno de ellos se había descolgado; el invernadero construido en la parte oeste había perdido casi todos los cristales. Las paredes, no obstante, parecían sólidas. Los lechos de flores, que habían dispuesto aquí y allá donde lo permitían las rocas, estaban cubiertos de malas hierbas y tallos de clavelinas; los jardines descuidados que descendían por dos lados hasta el borde de los acantilados se mezclaban con el brezal; había grupos de carnosos narcisos en la hierba y una forsitia extendía sus escasas campanillas sobre el alféizar de una ventana. Anduve hasta el borde. No se veía un solo edificio, tan solo un faro y una estación de guardacostas a la izquierda a lo lejos. Escuché, y oí solo el rumor del mar, el grito de una gaviota y el lejano balido de las ovejas. El acantilado se precipitaba bruscamente hacia el mar; por la parte oeste, el borde apenas distaba cien yardas de la casa; había una pequeña cala en cuya parte interior se

alzaba un árbol muerto y retorcido. Miré hacia abajo desde donde me encontraba y vi entre los salientes y las repisas de roca, el brillo ambarino de una minúscula playa. Me invadió una sensación de codicia. Se podía bajar por un zigzagueante sendero entre las rocas y nadar. Había quien podía poseer un lugar así...

—¡Roddy, Roddy! ¡Está en venta! —gritó Pamela.

Estaba en el camino de entrada, cerca del establo. Había encontrado un cartel descolorido, medio oculto entre los arbustos.

—Cuesta el doble de lo que podemos pagar, por muy en ruinas que esté: ¡olvídalo! —dije.

—Comandante Brook, Wilmcote, The Avenue, Biddlecombe —leyó Pamela—. ¡Vamos, Roddy!

Ahora teníamos una buena razón para parar en el Golden Hind. Me moría de ganas de probar la sidra, pero era temprano y estábamos en Inglaterra; el café fue horrible. La mujer con aspecto maternal que nos atendió pareció muy interesada cuando le preguntamos cómo llegar a Wilmcote y se quedó mirándonos desde el umbral cuando nos fuimos. Pamela se rio:

—Ha visto en ti a un futuro cliente.

La finca boscosa donde estaba The Avenue se veía desde la ladera de la montaña al norte, en el lado opuesto al pueblo desde Cliff End. Se podía ir por el pueblo a pie y subir un empinado sendero a la derecha, o ir en coche por la carretera principal y seguir una sinuosa carretera que daba la vuelta a la montaña.

El pueblo resultaba tentador; se veía la calle empinada que bajaba hasta el pequeño puerto donde los pescadores preparaban los botes y las redes; todo el lugar tenía un agradable olor a algas marinas, pero nos dominó la impaciencia y fuimos en coche.

Muy pulcra, muy en orden de revista, apareció Wilmcote, con sus setos recortados, los bordes de boj, las cortinas de muselina recogidas y la aldaba de bronce reluciente.

Nada más llamar al timbre me sentí avergonzado, pues reparé en que apenas eran las diez de la mañana. Enseguida abrieron la puerta, aunque no, como habría cabido esperar, una pulcra doncella. La joven que nos miró con ojos oscuros y desanimados llevaba el pelo recogido en una toalla rosa, y sus mejillas estaban sonrojadas del calor del fuego; el efecto era encantador y sonreí; eso hizo que se ruborizara aún más y nos pidió que pasáramos. Murmuramos excusas por presentarnos tan pronto y ella las aceptó con un serio gesto de mandarín.

—Me pensaba que era la doncella; tendrán que disculparme —dijo.

Parecía una niña, pero con los modales de una anfitriona de treinta años.

—Por pura casualidad hemos visto una casa que se llama Cliff End. Nos gustaría echarle un vistazo si nos prestaran la llave —le dijo Pamela.

—Mi abuelo ha salido; lo siento —respondió con educación la chica. Luego su rostro cobró vida con un aire de emoción casi incrédula.

—¡Ah! —suspiró, mirando primero a Pamela, luego a mí y otra vez a Pamela—. ¿Quieren ver la casa?

—Si es posible —dijo Pamela.

—¡No tengo ni idea de dónde está la llave! —Lo dijo con desánimo, luego reflexionó y añadió—: Pero la encontraré. Disculpenme si tardo un rato. ¿Les importa esperar aquí?

Nos dejó en un comedor muy formal, pero volvió enseguida con una llave. Era grande y estaba oxidada.

—Debe de ser esta. Supongo que pueden llevársela. ¿No pueden esperar?

Parecía un poco preocupada. Le expliqué que teníamos por delante todo un día de viaje en coche y no teníamos tiempo que perder. Me dio la llave como si tomase una decisión muy importante.

—Llévesela. Ya se lo explicaré —soltó un suspiro de frustración—. No puedo acompañarles porque acabo de lavarme el pelo. ¡Qué mala suerte!

—¡No te quedes en la corriente por nosotros! —dijo Pamela con impaciencia. Una vez más esa sonrisa, un tanto sorprendida, y una mirada franca pero tímida, acudieron a los ojos de Pamela.

Cuando se cerró la puerta a nuestras espaldas, tuve la sensación de que estaba enviando pensamientos anhelantes detrás de nosotros y de que realmente era muy mala suerte que acabara de lavarse el pelo.

La llave no giraba en la cerradura de la puerta principal. Andando a lo largo del lado este de la casa, al pie de la ladera que se alzaba cerca de sus ventanas, encontramos una puerta pequeña y esta, con muchos crujidos y resistencia, nos permitió entrar. Pasamos por una lavandería a una gran cocina con el suelo enlosado. Era oscura porque el terreno en pendiente ensombrecía las ventanas cubiertas de polvo. Cada rincón, el lavabo, los grifos y las tuberías estaban engalanados y decorados con telarañas llenas de polvo. Pero la cocina tenía cables eléctricos, un fregadero bastante grande, una caldera y, en opinión de Pamela, unos fogones aceptables.

—No ahorrará mucho trabajo —dictaminó—, pero es espaciosa: hay sitio para Lizzie y su gato.

Era un detalle importante. Lizzie Flynn llevaba cocinando para nosotros desde que yo tenía diecisiete años y Pamela once hasta que nos mudamos de la casa de Wimbledon. Había consolado a Pamela cuando nuestra madre murió, la adiestró para ser la señora de la casa y la protegió de los ataques de ira de nuestro padre. Más de una vez las encontré en la cocina llorando cuando devolvía algún plato ambicioso sin probar. Lizzie juró, cuando nos separamos, que volvería con Pamela, cuando y donde fuese, siempre que pudiese llevarse también su gato rubio. Y Lizzie necesitaba sitio.

—¡Esto le encantaría! —Pamela estaba inspeccionando las despensas, las alacenas, una lechería, un lavadero y dos o tres almacenes a los que se llegaba por un pasillo que salía de la cocina y ocupaban el espacio debajo del tejado plano.

Echamos rápidas miradas a todo esto y al dormitorio de los criados y nos apresuramos a ir a la parte delantera de la casa. Un pasillo ancho nos llevó directamente a la puerta principal. De espaldas a la puerta contemplamos encantados el vestíbulo y las escaleras. Era una entrada preciosa, ancha, equilibrada, amplia: mucho para tratarse de una casa tan pequeña. Las escaleras no eran muy empinadas y tenían una barandilla de caoba que se curvaba con elegancia en el rellano de arriba y se doblaba por el pasillo a la izquierda.

Al pie de las escaleras, a nuestra derecha, había una puerta de líneas sencillas y sobrias, y otra, exactamente idéntica, enfrente, a mitad del rellano.

—¡Qué elegante! —exclamó Pamela, abriendo la puerta de la derecha.

Ese debía de ser el comedor. Estaba casi a oscuras, los postigos solo dejaban pasar pequeñas franjas de luz, pero se veía que era una sala alargada, de techo alto, con una preciosa chimenea de mármol. La ventana sur daba a la bahía y la ventana en la pared este se había adelantado para escapar a la sombra del cerro. ¡Qué sala para desayunar!

—Cortinas de seda gruesa —estaba murmurando Pamela—, pintura de color marfil; frisos Wedgwood; la mesa de un antiguo refectorio; cristal de Waterford.

Crucé el amplio vestíbulo hasta la puerta de enfrente, la abrí y guardé silencio. Nunca había visto un salón más encantador. Estaba sumido en una penumbra submarina, pero pude ver su forma perfecta, la belleza de las cornisas y de la chimenea; lo imaginé con las ventanas abiertas y la deliciosa luminosidad del mar y el páramo colándose en su interior.

A mi lado, Pamela, contuvo el aliento.

—La divina proporción, ¿no crees? —murmuró.

La sala era un remanso de paz; nuestros pasos ruidosos sobre el parquet violaron su antiguo silencio. Ahí no podía colarse nada que turbase o frustrase el impulso creativo del intelecto. Sentí que estaba dispuesto a arruinarme con tal de vivir ahí, pero no se lo dije a Pamela.

Muda de emoción, Pamela corrió al piso de arriba y yo la seguí. Se quedó delante de la ventana del rellano contemplando la bahía radiante. Abrí la puerta que tenía a mi derecha. Aquí, encima del salón, había dos habitaciones comunicadas por una puerta. Inesperadamente, la habitación delantera era la más pequeña; la otra era casi cuadrada, desde sus ventanas me asomé al oeste hacia esa magnífica costa quebrada y el mar abierto. En primer plano, el árbol muerto, con todas las ramas curvadas hacia dentro, formaba una figura negra y fantástica contra el brillo azulado del agua. Dije en voz alta, sin volverme:

—Quiero esta vista.

—Puedes quedártela. ¡Yo quiero esta habitación! —respondió exultante Pamela.

La encontré en la habitación de enfrente que, al igual que el comedor, tenía ventanas al este y al sur. La luz del sol y el reflejo del mar bailaban en el techo y las paredes.

—¡Adiós, eres demasiado valiosa para que ser mía! —suspiró.

Miré la habitación que había detrás, cerca del rellano de las escaleras y la llamé.

—No desesperes: ¡Aquí está el truco!

Habían tapiado la ventana este y una ventana muy grande en la pared norte daba al tejado plano y al patio. La chimenea de ladrillo era demasiado pequeña; los armarios empotrados demasiado profundos y estrechos. Y la habitación resultaba fría. Era oscura, sin gracia, totalmente carente de encanto.

—El estudio de alguien. Odiaría ser pintor y vivir de espaldas al sol. A las arañas les gusta, ¿no? Tendría que ser solo la habitación de invitados —dijo Pamela.

Me burlé de sus ideas sobre la hospitalidad.

—Los únicos que importamos somos Lizzie, tú y yo —repliqué—, y tú necesitas un despacho. Lizzie tendrá que dormir abajo.

No había más dormitorios; las otras puertas del rellano daban a un gran cuarto de baño, armarios para la ropa de cama y una especie de trastero con una escalera que llevaba al desván, nada más.

—En realidad es una casa pequeña, ¿verdad? —dijo Pamela pensativa. Tenía el rostro tenso, como si tuviese hambre; la quería; y yo también.

—Un diseño de arquitecto —dije, a modo de resumen—; la electricidad, la fontanería están en bastante buen estado; no tiene pista de tenis, ni hueco para construir una; el teléfono habría que traerlo desde Dios sabe dónde; está demasiado aislada para el gusto de la mayoría de la gente; hay una remota posibilidad, en realidad muy remota, de que entre dentro de nuestro presupuesto.

Ella se quedó inmóvil un instante como si escuchara.

—Creo que lo está —dijo—; creo que vamos a vivir aquí... ¡Ven, mira!